sol y de la luna aparecen en los crucifijos para recordar la simultánea obscuridad que sobrevino en estos dos astros en el momento mismo de la muerte del Redentor. Pero nosotros consideramos como más probable que se ha tenido la intención de expresar así las dos naturalezas de Jesucristo: la divinidad, por el sol que brilla con su propia luz, la humanidad por la luna, cuerpo opaco que, no brillando sino con luz refleja, está sujeto á diversas fases de luz y de obscuridad, lo mismo que la naturaleza humana, que, unida en la persona de Cristo á la naturaleza divina, participaba del esplendor de ésta, sin estar, sin embargo, libre de los defectos que le son propios, en tanto que es una naturaleza finita ó limitada: «*Luna*, dice San Gregorio el Grande (*Homil.* II *In Evang.*), *in sacro eloquio pro defectu carnis ponitur; quia dum menstruis momentis decrescit, defectum nostræ mortalitatis designat.*»

La interpretación aquí propuesta tiene una gran fuerza en esta circunstancia, que los dos astros no parecen en ninguna manera encubiertos en los crucifijos, y que algunos también, como, por ejemplo, el fresco del cementerio de San Julio, los muestran en todo su brillo, dirigiendo sus rayos á la cruz. Puede decirse otro tanto de aquellos donde el sol y la luna están representados bajo figura humana con antorchas en la mano. Pero lo que nos parece más decisivo todavía, es que no es únicamente en la escena de la crucifixión donde los monumentos cristianos muestran á Nuestro Señor rodeado del sol y de la luna, sino en otras circunstancias también, por ejemplo, en la resurrección de Lázaro: esto es lo que nos ofrecen especialmente las pinturas de una interesante catacumba de Milán, descubierta en 1845. Por último, la unión á estos emblemas de las iniciales A y ω, que es bastante común en las diversas representaciones de la crucifixión, termina para nosotros la demostración.

2.° *La Santa Virgen y San Juan*, de pie á los dos lados de la cruz, según el relato evangélico (Joan., XIX, 25), y apoyando sus mejillas en sus manos, gesto de convención en la antigüedad para manifestar un gran dolor (San Ciprian. *Epist.* XI). En las cruces movibles, estos dos santos personajes, siempre con el mismo gesto de aflicción, figuran, ya en pie, ya en busto, en los dos extremos del travesaño (véase Borgia. *De cruce. Vatic.*, pág. 45), con sus nombres al lado: M-P, ΘΥ, *mater Dei*, y ΗΟΑΝΑ, *Joannes*. En otras partes se leen con todas las letras ó abreviadamente las palabras mismas dirigidas desde lo alto de la cruz por el Salvador, á María y á Juan (Joan., *ibid.*, 26, 27), unas veces en latín, como en el marfil de Rambona: MVLIER EN *filius tuus;* DISSIPULE ECCE *mater tua*, otras veces en griego, como, por ejemplo, la cruz pectoral de los arciprestes de Monza: ΙΔΕ, *ecce*, ΟΥϹ, *Filius*, ϹΟΥ, *tuus;* ΙΔΟΥ, *ecce*, ΜΗΤΗΡ, *mater*, ϹΟΥ, *tua*.

3.° *Los dos soldados*, el uno con la esponja empapada en vinagre, el otro con su lanza (Joan., ibid., 29, 34). Este asunto se encuentra difícilmente en los monumentos más antignos; uno de los relicarios de Monza ofrece, sin embargo, un ejemplo (Mozzoni, VII, 79, B.). Más tarde llega á hacerse común: así se ven los dos soldados en un marfil del siglo VIII, de Cividale, en el Friul (idem, VIII, pág. 89).

4.° El interesante monumento que acabamos de citar ofrece una circunstancia más extraordinaria todavía, y de la que no hemos visto ejemplos en ninguna otra parte: se trata de dos soldados, sentado el uno, de pie el otro, que echan suertes sobre la túnica de Nuestro Señor, que está representada entre ellos (Joan., ibid., 24).

5.° Otros accesorios se agregan algunas veces á los crucifijos, los cuales, sin estar tomados directamente del sagrado texto, están, no obstante, inspirados en él á todas luces. Así, al pie de un crucifijo muy antiguo publicado por Vestrini (*Academ. di Cortona*, t. VIII, pág. 148), se ve un hombre desnudo, casi acostado, ó más bien levantándose del suelo. Esta es la imagen de la humanidad, caída por el primer pecado, y que se levanta por la gracia de la redención, que está figurada por una mano aislada. El mismo asunto estaba representado de una manera más completa en un mosáico del antiguo Vaticano (Ciampini, *De sacr. ædif.*, tab. XXIII, pág. 75). Aquí hay dos personajes, uno enteramente acostado; el otro, que parece ser una mujer con una rodilla solamente en tierra, coge la mano que le tiende Nuestro Señor, que aparece dentro de una aureola. Estos dos personajes son, sin duda, Adán y Eva, que vemos en otras partes (Mozzoni, ibíd., pág. 84, C. E. G. L.) arrodillados al pie de la cruz. La venerable cruz estacional de San Juan de Letrán (Ciampini, *Vet. mon.* II, tab. X) presenta alguna figura análoga. A un lado de Jesús en la cruz hay una puerta que no es otra que la del Paraíso terrenal; al otro un árbol, el árbol del bien y del mal: comparación que recuerda que la humanidad, perdida por el fruto prohibido, ha sido rehabilitada por la cruz de Jesucristo.

6.° *Las figuras emblemáticas de los cuatro evangelistas* se ven en el reverso de la cruz de Velletri y en otros muchos monumentos del mismo género: otros crucifijos tienen dos ángeles que están en adoración. Tal era el del interior del oratorio de la Santa Virgen en San Pedro del Vaticano (véase más arriba).

7.° La costumbre de colocar á los pies del crucifijo un cráneo, ya solo, ya acompañado de dos huesos cruzados, es relativamente moderna. Se supone que es un cráneo de cordero destinado á reemplazar al cordero mismo, que se representaba en esta posición durante el primer período del crucifijo propiamente dicho.

8.° El crucifijo del díptico de Rambona (Ap. Buonarruoti) presenta la circunstancia particular de que, en la base de la cruz, se ve la loba que amamantara á Rómulo y á Remo. Se cree que este emblema significa que Cristo, por su cruz, ha conquistado todo el universo, cuya cabeza es Roma. Esta idea se completa por el asunto que se armoniza con éste en la otra tablita, y que, en contrario de la opinión de Buonarruoti, nos parece ser una Victoria ó un ángel que lleva en una mano una palma, símbolo de la victoria de Cristo, y en la otra una antorcha encendida, símbolo de la luz evangélica que debía iluminar toda la tierra: quizás todavía se ha querido indicar de este modo que dicha ciudad fué elegida por el Redentor, no sólo como residencia del Príncipe de sus Apóstoles, como la base y el fundamento de su Iglesia.

VI. ¿Se representaba á Cristo en la cruz vivo ó muerto? Vivo hasta el siglo XI, muerto después de esa época (véase Borgia. *De cruce Velit.*, pág. 191). Esto es lo que resulta del conjunto de los monumentos escritos ó figurados, reunidos por los sabios más competentes. El primer ejemplo de Cristo representado muerto, lo facilita un manuscrito en 4.° de la biblioteca Laurentina de Florencia, que data, poco más ó menos, de 1059 (Borgia, ibíd., pág. 191). Antes, el Hombre-Dios, en la cruz, no parecía sufrir nada: su cabeza estaba derecha; sus ojos, abiertos, representaban, hasta cierto punto, el emblema de su inmortalidad.

Respecto á los monumentos relativos á la crucifixión de Nuestro Señor, que empiezan casi donde concluye el dominio de la antigüedad propiamente dicha, hemos debido, para tratar esta importante materia, que tiene su lugar obligado en un diccionario de arqueología, penetrar en la Edad Media. El lector nos lo perdonará: esta noticia no podía ser algo completa sino con esta condición.

CRUZ.—I. Los anticuarios distinguen tres formas principales de cruces (véase Bosio. *De cruce triumphante*):

1.° La cruz que llaman *decussata* en forma de X, y vulgarmente conocida con el nombre de cruz de San Andrés, porque refiere la tradición que así era aquella en que fué crucificado este Apóstol (Sandini. *Hist. apostolic.*, página 130).

2.° La cruz dicha *commissa*, ó *patibulata* (Gallonius. *De martyr. cruziat*—Lips. y Gretzer. *De cruce*), imitando la letra Τ, que entre los gentiles era un símbolo de vida, de felicidad y de salud. Esta causa ha podido contribuir á que se adoptara esta forma en algunos monumentos antiguos; pero la principal razón de esta preferencia es que, según una tradición muy acreditada, la cruz del Salvador habría sido una cruz en Τ, porque, en efecto, los escritores antiguos la designan frecuentemente con el nombre de *tau* (Paulin. *Epist.* XXIV, 23, y *Not.* 118 *Rosweid.*). Relicarios del siglo VI, del tesoro de Monza (véase Mozzoni. *Tar., cron.*, VII, 79), están adornados de crucifijos esmaltados, cuya cruz es en Τ. La cruz de un Cristo burlesco, trazado por la mano de un pagano en una pared del palacio de los Césares en el Palatino, recientemente descubierto, afecta también esta forma, teniendo una varita puesta en medio del travesaño para sostener el *título* (véase el artículo *Crucifijo*, y la figura del artículo *Calumnias*). Este singular monumento, que data, se cree, del siglo III, confirma, hasta cierto punto, la tradición de que acabamos de hablar. Se encuentran cruces de esta especie trazadas en sepulcros antiguos, y algunas veces la Τ tiene á los lados el A y la ω. Se ve, á veces, la cruz en Τ empleada como símbolo en medio del nombre de un difunto en las inscripciones sepulcrales, como en éstas se encuentra también el monograma ☧. Así aparece en un mármol del siglo III encontrado, hace poco, en el cementerio de Calixto: IRETNE (De'Rossi. *Bullet.* 1863, pág. 35).

No podríamos, sin embargo, olvidar que siguiendo en esto el lenguaje figurado de los antiguos, y de los Egipcios en particular, los primeros cristianos hayan podido á veces emplear la Τ en los sepulcros como el signo jeroglífico de la vida futura. Se sabe que este signo estaba fijado en la *penula* de San Antonio, que florecía ya antes de la conversión de Constantino. Además, San Antonio era egipcio. Este dato es tanto más cierto, cuanto que en antiguas iglesias y en inscripciones sepulcrales cristianas observadas en Egipto, se encuentran cruces coronadas con una especie de anillo que les da una semejanza perfecta con la cruz de asas de las divinidades egipcias y de los textos jeroglíficos (véase Letronne. *Matériaux pour l'hist. du christianisme en Egypte, en Nubie et en Abyssinie.*, pág. 92). El mismo hecho ha sido observado por Champollion en varios puntos de Egipto y de la Nubia, y especialmente en las grutas de Beni-Hassan, y por Ch. Lenormant en las inscripciones que había copiado en la capilla que los primeros cristianos hicieron con una parte del *pronaos* de un templo pagano en Philœ (véase Greppo. *De la figure de la croix sur les monum. paiens*, página 27).

3.° La cruz dicha *immissa* †, que es la forma vulgar, la única que ha prevalecido hasta nuestros días en las prácticas del arte y del culto.

La opinión más común es que el instrumento de nuestra redención fué una cruz *immissa*, y esta opinión se apoya en el testimonio de un gran número de Padres. San Ireneo describe así la cruz (l. II, c. 24): *Habitus fines, et summitates habet quinque; duas in longitudine, duas in latitudine, unam in medio.* San Agustín (*Enarrat., in psalm.* CIII) es más explícito todavía: *Erat latitudo, in qua porrectæ*

sunt manus: longitudo a terra surgens, in qua erat corpus infixum; altitudo ab illo divexo ligno sursum quod eminet, «tenía anchura sobre la cual eran extendidas las manos; longitud, elevándose de la tierra y en la cual se fijaba el cuerpo, y altura que domina la parte superior de este madero cruzado». Nonno dice (Ap. Lips.) que Cristo murió *in ligno quadrilatero*, εἰς δόρυ τετραπλευρόν. En Gretzer se encontrarán otros muchos pasajes de los Padres de las dos Iglesias confirmando el mismo hecho.

En la antigüedad, la cruz, como instrumento de suplicio, era generalmente baja (véase 2 *Reg.* XXI, 10.—Vopisc. *In Aurelian. Hist. aug.*, t. III.—Apul. *De asin. aur.*, l. VI.—Euseb., *Hist. eccl.*, V, 20). Sin embargo, excepcionalmente las hubo á veces de una grande elevación, como, por ejemplo, la de Mardoqueo (*Esther.*, VI, 7), que tenía cincuenta codos de altura. Suetonio asegura también que Galba hacía atar ciertos criminales á cruces muy elevadas. No es, pues, de extrañar que algunos Padres hayan enseñado que la cruz de Nuestro Señor era más alta que la de los ladrones. Esta era una antigua tradición de la que San Juan Crisóstomo es uno de los principales órganos (*Homil.* V. *In Cap.* I. *Epist.* 1, *ad Cor.*), y con la cual se han conformado constantemente los artistas antiguos. Se puede ver en particular en algunos viejos mosáicos y en una antigua columna que se encuentra cerca de la basílica de San Pablo extramuros, y que en los primeros siglos estaba destinada á sostener el cirio pascual (véase Ciampini. *Vet. mon.*, I, tav. XIV. H.). Conviene, sin embargo, decir que este sistema, si se hubiese adoptado, haría algo inexplicable la duda de Santa Elena en distinguir el instrumento de nuestra redención entre las tres cruces que ella descubrió en el Calvario.

II. Desde el origen de la Iglesia los cristianos profesaron á la cruz una profunda veneración, y la tributaron un verdadero culto, *crucis religiosi* (Tertull. *Apol.* XVI). Mal interpretado este culto, hizo acusar á los discípulos de Jesucristo de considerar la cruz en sí misma como una divinidad que adoraban, así como los paganos adoraban sus ídolos (Minut. Fel. *Octav.*, pág. 86, edit. 1672.—Véase el artículo *Calumnias*, n. II. C.). (Véase nuestro artículo especial *Cruz* (*Culto de la.*)

Está sobradamente demostrado que la cruz es el verdadero *signo de Cristo* con que los cristianos se preparaban en todas las circunstancias de la vida (véase el artículo *Signo de la cruz*), y que era empleado sobre todo en la administración de los sacramentos, en particular en la Confirmación, cuya fórmula sacramental, que se remonta á la más alta antigüedad, SIGNUM CHRISTI *in vitam æternam*, se ha conservado hasta nuestros días (*Sacram. Gelas. ap. Thomas. Opp.*, t. VI, pág. 76).

Pero ¿los cristianos tuvieron desde los primeros tiempos representaciones materiales de la cruz, ó en qué época empezaron á hacerse imágenes de ella pintadas ó esculpidas? Hé aquí una doble pregunta á la cual sería difícil responder con alguna precisión.

Convendría, en nuestra opinión, distinguir entre los objetos portátiles y los monumentos propiamente dichos. Respecto á los primeros poco voluminosos por su naturaleza, fáciles de ocultar á las investigaciones y á las profanaciones de los paganos, tales como relicarios, alhajas, lámparas, etc., nos parece difícil suponer que los fieles se abstuvieran de trazar en ellos la figura de la cruz, tan querida de nuestros corazones, tan vulgar en los ritos del culto público, como en las prácticas de la piedad privada. Mamachi (III, 47) asegura, por desgracia sin dar pruebas, que en tiempo de Septimio Severo, cristianos ricos llevaban ya anillos adornados con el monograma de Cristo y de la cruz; existen piedras anulares antiguas donde está grabada la cruz (véase Perret, IV, pl. XVI, 74), remontándose algunas de ellas, por su estilo, á una época anterior á Constantino.

Sabemos por las actas del segundo Concilio de Nicea (Act. IV), así como por el testimonio de Nicéforo (l. VII, c. 15), que el mártir Procopio, que padeció bajo Diocleciano, se hizo fabricar por un platero de Scitópolis una cruz, mitad de oro y mitad de plata, que llevaba suspendida á su cuello. Un hecho análogo se cita del soldado cristiano Orestes, que vivía bajo el mismo Emperador (Act. *ap. Surium.*, XIII dec.).

Si se trata de monumentos públicos, véase el resultado de las observaciones de M. el caballero De'Rossi (*De tit. Carthag.*), el hombre, sin duda, en mejor situación para estar bien informado en este asunto. Ningún monumento fechado presenta, antes del siglo V, la cruz *immissa*, ┼, ni tampoco la que se llama griega ó equilateral, ┼. Un solo ejemplo de la cruz en *tau*, y éste citado por Boldetti, se encuentra con la fecha, marcada por los cónsules, de 370. El anticuario romano ha encontrado, no obstante, monumentos que, aunque no llevan fecha explícita, pueden ser reconocidos, por ciertos indicios topográficos y otras señales, como pertenecientes á los siglos II y III, y que están adornados con la cruz ┼ (véase *Roma sott.* t. I, pág. 345 y *alibi*).

En las sepulturas, especialmente, no aparece la cruz desnuda antes de la mitad del mismo siglo: las que se observan con tanta frecuencia en las catacumbas habían sido siempre, según el sabio anticuario romano, trazadas en tiempos relativamente modernos por la mano más piadosa que inteligente de los peregrinos que iban á esos sagrados lugares á venerar los sepulcros de los mártires. Sin embargo, las catacumbas no han dicho todavía su última palabra en la materia, y el cementerio de San

Calixto, en particular, parece reservar á su ilustre explorador adecuados datos que le hagan modificar su opinion. Esto es todo lo que amistosas confidencias nos permiten decir hasta el día en que M. De'Rossi publique él mismo sus descubrimientos, que le pertenecen por derecho de conquista. Si se toma el SIGNUM CHRISTI en un sentido más lato y se comprenden en él los diversos monogramas, que no son sino formas más ó menos disimuladas de la cruz, convendrá remontarse hasta Constantino (véase el artículo *Monograma de Cristo*); y los textos antiguos designan á menudo el monograma con el nombre de *cruz*, lo que puede dar lugar á muchos errores.

En el artículo *Monograma de Cristo* se verá por cuántas fases pasó la cruz antes de poder manifestarse con franqueza. Revistió sucesivamente formas más ó menos encubiertas, de las cuales la siguiente es con toda probabilidad una de las más antiguas: se compone de cuatro *gammas* Γ cruzadas, por lo que los anticuarios le han dado el nombre de cruz *gammada*.

Fijando el siglo V como la época en que la cruz propiamente dicha empezó á usarse habitualmente, el ilustre caballero De'Rossi ha querido, sin duda, hablar de los monumentos que subsisten todavía hoy; porque, si no nos equivocamos, creemos que existen textos que refieren ejemplos más antiguos. Así, San Zenón de Verona (lib. I, tract. 14, n. 3), que subió á la Silla de esta ciudad en 362, asegura haber puesto una cruz en forma de *tau* sobre el tejado de una basílica que habia edificado: *in modum tau litteræ prominens lignum.* En un diálogo pastoril, Endelequio, poeta aquitano de fines del siglo IV, hace decir á un pastor cristiano que el medio más eficaz para librar de la peste á los animales, es colocar entre sus cuernos la cruz *del Dios que es, en las grandes ciudades, objeto de un culto exclusivo:*

> Signum, quod perhibent esse crucis Dei,
> Magnis qui colitur solus in urbibus.

(Véase Collombet. *Hist. des lettr. lat. aux quatriéme et cinquiéme siécl.*, pág 44.) Quizás conviene decir que la cruz apareció más pronto en ciertas provincias donde el cristianismo se emancipó mucho antes que en Roma, y M. De'Rossi lo hace observar respecto al Africa, y en particular respecto á Cartago, que desde el siglo IV facilita mármoles que llevan este augusto signo (*op. laud.*).

Se ha notado, no sin razón, que la cruz aparece por primera vez en la moneda pública desde el siglo IV, en las medallas de Valentiniano I, por ejemplo, que murió en 375, y nosotros mismos la hemos observado en piezas muy anteriores, es decir, en pequeños bronces de Constantino, acuñados en Aquilea y en Tréveris (véase nuestro *Etude archéol. sur l'Agneau et le Bon Pasteur*, pág. 8). Pero ésta es, se dice, la cruz *egipcia con asas:* del Egipto, donde los cristianos adoptaron muy temprano la forma, se extendería á las ciudades que, como Aquilea, tenían frecuentes relaciones con aquella comarca (véase Cavedoni. *Medaglie Constant. con l'effigie della croce*). También existe, segun creemos, una cruz propiamente dicha, y una cruz de oro, que el mismo Constantino hizo colocar sobre el sepulcro de San Pedro en el Vaticano: *Fecit crucem ex auro purissimo pensantem libras* CL (Anastas. *In Sylvestr.* XXXVIII, 10). ¿No adornó también el cielo raso del principal salón de su palacio de Constantinopla con una cruz de oro adornada de piedras preciosas? (Euseb. *De vit. Const.*, l. III, c. 49). Por último, se ve á Nuestro Señor apoyado en una cruz gemada en las esculturas de los sarcófagos de Probo y de Proba, monumento que debe ser algo anterior al siglo V, puesto que Probo murió hacia el año 395 (véase Bottari, tav. XVI.—Véase el grabado de nuestro artículo *Apóstoles*, página 66). Dos cruces gemadas y floridas pintadas en una cripta del cementerio de San Ponciano (Bottari, tav. XLIV-XLVI) pasan por datar del reinado de Constantino (Boldetti, 353), ó de la época poco posterior en que se trasladaron á este sitio los restos de los Santos Abdón, Senén y Pigmenio, que sufrieron el martirio bajo Decio.

En tiempo de San Paulino de Nola había ya en las iglesias coronas en cuyo centro estaban pintadas cruces (*Epist. ad Sever.*, XII); también existen en los antiguos mosáicos, en el de San Vital de Rávena, por ejemplo (*Vet. monim.*, II, pág. 69): en la parte superior del arco están dos ángeles volando, llevando una corona en cuyo centro brilla una cruz gemada. También existen en ciertos dípticos del siglo V (véase Calogera. *Raccolta di Opusc. scientif.*, t. XL, pág. 294). Á principios de este mismo siglo se llevaba ya la cruz en las procesiones, como lo prueba la ceremonia de esta clase que tuvo lugar en Constantinopla en honor de San Pedro, bajo el Papa Juan, que vivía en 400 (Anastas. Biblioth. *In Joan.*, I.—Véase el grabado de nuestro artículo *Procesiones*). Valentiniano III y su esposa Licinia Eudoxia, un poco antes de la mitad del siglo V llevan la cruz en su diadema, como se ve en las medallas (Banduri, II, pág. 536). Este es, á juicio nuestro, el primer ejemplo que puede citarse en este asunto (véase la medalla de Eudoxia en el artículo *Numismática*, n. III).

Desde el siglo VI los cónsules empezaron á llevar la cruz en su cetro: uno de los más antiguos ejemplos que pueden citarse es facilitado por el díptico de Basilio el Joven, cónsul en 541 (Gori. *Thesaur. diptych.*, t. II, tav. XX).

La cruz sobre las tumbas fué desde muy